

La Guerra del Norte

FERNANDO GARCÍA DE CORTÁZAR *

CON frecuencia se viene utilizando el término *Guerra del Norte* para designar la situación vivida en el País Vasco a lo largo de estos diez últimos años. Se trata de calificar de este modo un conjunto de acontecimientos graves, recuperando un concepto bélico que se adentra en nuestra historia al menos hasta el período de las confrontaciones carlistas del pasado siglo. Pero aunque **hagamos** caso omiso de esta traslación más o menos discutible, la realidad es que no pocas veces los hechos sociopolíticos han adquirido ese tinte belicista de las guerras no declaradas pero igualmente auténticas.

Cualquier balance que hagamos de la transición política en el País Vasco ha de contar con la presencia de elementos de esta índole en un arco que va desde el hostigamiento intermitente de las bandas armadas hasta la actuación de las FOP, pasando por las escaramuzas violentas protagonizadas por el movimiento obrero en su lucha reí vindicativa. Para algunos sectores de la sociedad vasca han sido estos años fechas de verdadera angustia y dramatismo, en las que a menudo han sentido, en efecto, la sensación de estar sumergidos en un clima de miedo, persecución y guerra.

LA GRAN PROTAGONISTA NEGRA

Quiérase o no, ha sido la organización terrorista ETA la gran protagonista negra de la crónica más reciente del País Vasco. A su repique de muerte y extorsión, tanto la sociedad civil como la política, la religión y la empresa han tenido que bailar. Las estadísticas hasta finales de 1987 contabilizan más de 650 muertos, de los que 86 pertenecían a ETA y el resto eran policías, militares, guardias, políticos y civiles. A ellos hay que añadir, si queremos expresar en su totalidad el clima de la región no menos de 11.000 detenciones y de 3.500 encarcelamientos que afectaron a otras tantas personas. En 1988 unas 500 de éstas estaban acusadas de pertenencia o apoyo al terrorismo y cargaban con diversas condenas sobre sus espaldas.

La curva de los enfrentamientos ha tenido diversas inflexiones en virtud de los acontecimientos políticos en España y de los cambios de estrategia de ETA, acosada en algunos momentos por el también mortífero pero peor organizado GAL. También del lado gubernamental se acusaron variaciones, según el partido en el poder, el ministro de turno, o la situación nacional e internacional. La represión antiterrorista, que fue ejercida en los estertores del franquismo de un modo indiscriminado, evolucionó hacia una

* Bilbao, 1943. Catedrático de Historia Contemporánea y Decano de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Deusto.

concentración de su intervención sobre núcleos del entorno etarra, o sobre círculos *abertzales* sospechosos de facilitar a ETA su militancia y cobertura.

Desde este punto de vista, al comienzo de los años ochenta asistimos a una mayor selección en las acciones por ambas partes, una vez que ETA se afianza en la decisión de imponer violentamente las conversaciones con el gobierno. En esos años también, la estabilidad de lo que ETA llama *impuesto revolucionario* hace posible abandonar otras fuentes de ingresos más complicadas y aleatorias, como los atracos a entidades bancarias. Desde entonces, la presión se ejerce con mayor énfasis sobre el empresario vasco, en el que termina por cundir el pánico. El sector más afectado, la alta burguesía vizcaína, sería el protagonista de una auténtica desbandada que dejaría desmanteladas, en parte, sus bases económicas e incluso los lugares que como Neguri, constituían su *habitat* residencial.

Este elemento debe añadirse a la crisis general, a la inflación o al paro y a la discrepancia política, junto a los que determinan el fondo de la recesión por la que atraviesa el país. La desmovilización y el desánimo de la burguesía que había patroneado el desarrollo empresarial del País Vasco será estimada en los círculos afectados como decisiva para impedir la reactivación del pulso económico. De hecho, se desconoce con exactitud la verdadera repercusión que las exacciones económicas tienen entre el empresario vasco pero viene siendo habitual referirse a ellas como principal causante de la desinversión financiera en ciertos sectores. Otro caso paradigmático fue el de la central nuclear de Lemóniz, en el que tras un proceso de agitación, la intervención de ETA acabaría con la vida de dos directivos de Iberduero y detendría el proyecto.

La región, que había sido durante tanto tiempo de las más prósperas españolas, se convertiría en los primeros años 80 en un ejemplo de regresividad económica, social y demográfica. El *Instituto Vasco de Estadística* señalaba para 1986 un mínimo histórico en el índice de natalidad, muy inferior a la media española. La repercusión social de la crisis y la subversión de valores hicieron descender también las tasas de matrimonialidad a la par de las naciones más bajas de Europa. De la misma forma los saldos migratorios vascos, favorables durante noventa años, invierten su signo en los mismos años. El País Vasco se convierte en exportador de trabajadores: más de 45.000 personas son el resultado negativo de la emigración, desde 1977 a 1988, con mayoría de técnicos y mano de obra cualificada.

El deterioro de la Comunidad Autónoma Vasca es el más grave de todos los países que componen el entorno económico español. La *cultura del hierro* se desploma y en su derrumbe pasa factura de la imprevisión y de la escasa diversificación económica. Las estructuras fabriles gigantes y obsoletas, la incapacidad empresarial para afrontar la crisis y la competitividad del mercado junto al clima de inestabilidad social y violencia, son factores que se

UN PAÍS EMPOBRECIDO

GRAVE DETERIORO

**LA DIFÍCIL
CONCORDIA DE
LOS
VASCOS**

apuntan para explicar la dimensión exagerada de la recesión vasca.

En términos globales muy pocos sectores pueden exhibir resultados favorables para los años ochenta pero en algunos aspectos resultan positivos el desarrollo del comercio o la hostelería y sobre todo los sorprendentes beneficios de los bancos y cajas de ahorro. En 1987, los dos grandes bancos vascos, el Bilbao y el Vizcaya, afirmaron su posición entre las grandes entidades financieras de España, tras redondear en la década con espléndidos balances y rendimientos de larga trayectoria. En enero de 1988 además anunciaban su fusión en una misma empresa, iniciando de este modo un proceso de importantes consecuencias en la economía española. El sector bancario, sin duda el que con más fortuna ha podido sortear la depresión económica, ha empezado de esta forma a ocupar el puesto más relevante en las actividades vascas, tomando el testigo de la tradicional siderúrgica, que por esas fechas ponía fin a su hegemonía socioeconómica en el País Vasco.

Las repercusiones de la permanente conflictividad han sido también graves en lo social. Su persistencia e intensidad han provocado que de un modo o de otro, una mayoría de personas se hayan visto implicadas en los acontecimientos. A partir de ellos la racialización de posiciones colectivas ha sido uno de los componentes más llamativos, desarrollándose una manifiesta incapacidad para resolver algunos problemas a través de la negociación y el diálogo. Una acentuada intransigencia, resultado de la tensión general, ha presidido numerosos enfrentamientos cívicos, amenazando con cristalizar una peligrosa separación en el seno de la sociedad vasca. En determinados casos esta dificultad para la comunicación ha impedido un normal desenvolvimiento de la convivencia y solidaridad entre vascos. Ni siquiera instituciones, como la Iglesia, que había gozado de tanto arraigo y autoridad, consiguen introducir racionalidad y tolerancia en el laberinto vasco. Antes al contrario, la religión y sus ministros han bajado con demasiada frecuencia a la arena política partidista, poniendo no escasa dosis de fanatismo. La propia jerarquía eclesiástica haciendo gala de manifiesta inoportunidad ha contribuido en distintas ocasiones a exacerbar los ánimos con exhortaciones muy poco pastorales.

Por otro lado, la situación general conflictiva pasó a ser un elemento de la cotidianidad de muchos núcleos urbanos cuando la crisis industrial afectó a las grandes fábricas sometidas a drásticas medidas reconversoras o a largos períodos de recesión laboral alternativa. El caso más espectacular, que finalizaría con el cierre definitivo del astillero fue el de *Euskalduna*, que durante varios años y con diferente intensidad se convirtió en foco de enfrentamientos en el mismo centro de Bilbao entre obreros y policía nacional o autonómica.

Desde las huelgas y manifestaciones por la amnistía de los primeros años de la transición hasta las barricadas humeantes del puente de Deusto, casi diez años de inquietud social, violencia política y accidentada vida cotidiana han provocado entre los vascos y los que los contemplan una sensación de radicalismo exaspe-

rado de difícil comprensión y complicado arreglo. La visión de una sociedad en tensión, donde la violencia espontánea o planificada ha dejado de ser noticia por su generalización, ha terminado además siendo pasto del tópico y fuente de interpretaciones diversas que poco o nada han adelantado en su solución.

Bien es verdad que el País Vasco lleva unos cuantos años exportando muerte e irracionalidad pero no es menos cierto que los grandes creadores de opinión pública apenas sí se esfuerzan por romper la asimilación global de los vascos con quienes sólo constituyen una porción de esa comunidad. Para muchos españoles los «vascos» son ante todo y sobre todo los nacionalistas vascos en sus distintas versiones democráticas y antidemocráticas. Con inquietante ligereza se identifica a todos los vascos con las actitudes y comportamientos de la familia nacionalista, como si fuese ésta la única depositaria y garante de la vasquidad. En este ámbito metafísico de obsesiva búsqueda y afirmación de las señas de identidad, el nacionalismo *euskérico* ha ganado muchas batallas, no siendo la más pequeña la del lenguaje. Por ello es preciso recordar también a los otros vascos, a aquellos más arrinconados por los medios de comunicación, que han dado buena prueba de la posibilidad y realidad de convivencia y tolerancia en medio de una sociedad crispada. Durante los últimos años, en los que momentos difíciles han amenazado el futuro y la convivencia entre vascos y no vascos, los reflejos de solidaridad no han estado ausentes de las relaciones humanas y el talante democrático ha empujado a sacudirse el racismo, el falso complejo de superioridad y el desprecio a «los de afuera» que había sido predicado.

Desde la constitución de la autonomía vasca en 1980, la formación de un gabinete del PNV y la exigencia de una satisfacción que diera tono nacionalista al autogobierno fueron esenciales elementos en la planificación cultural del partido que fundara Sabino Arana. La lucha por el *euskera* como factor de identidad étnica de los vascos tiene una larga trayectoria, cuyo final está muy lejos de vislumbrarse. La escalada del nacionalismo ha venido acompañada de un movimiento culturalista, cuyo eje principal se sitúa en la recuperación histórica del idioma vasco, como fundamento irrenunciable de la ideología sabiniana. Durante estos años el Gobierno Vasco ha hecho esfuerzos agobiantes y dispendios difíciles de justificar bajo una óptica racional por conseguir que una población que mayoritariamente habla español pase a expresarse en *euskera*.

El número de *euskeroparlantes*, entre los que se incluyen los *euskaldumberris*, que acaban de estrenar su nuevo lenguaje, no pasa nunca de los 600.000 en una comunidad de más de dos millones, que además emplea constantemente el castellano y que ha recibido en su mayoría su modo de ser y de pensar en la lengua española. Proyectos como los de *euskaldunización* de adultos se vienen saldando con estrepitosos fracasos que así y todo no han minado la moral ni la combatividad de los poderes nacionalistas. De momento la política lingüística, ante el abandono de los primeros afanes de la transición, cuando un aceptable número de voluntarios se acercó con esfuerzo personal y algún sacrificio a la

LA BATALLA LINGÜÍSTICA

**LA
RESURRECCIÓN
CULTURAL DEL
PAÍS VASCO**

tarea idiomática, ha discurrido por caminos a todas luces equívocos. A causa de ello la enseñanza del vascuence ha devenido lentamente en poco menos que imposición sobre la población escolar y los desempleados, a los que poca veneración se les puede exigir por una necesidad no sentida. Los jóvenes sin trabajo en su generalidad ya no ven en el *euskera* un emblema de identidad sino un certificado para el *curriculum* que les ayudará a emplearse. Incluso numerosos militantes y votantes nacionalistas, que derraman lágrimas sinceras por su pérdida y degradación no pasan de asirse a sus restos como nota de distinción superficial de acusado tono *folklórico*.

Las más recientes informaciones sobre los niveles de audiencia de otro gran sueño nacionalista, la televisión vasca (con dos canales, uno exclusivamente *euskaldún*), han sobrecogido a la opinión pública al comprobar el cuantioso desembolso empleado en tan escasos televidentes. Mientras las dos Facultades de Filología vasca ven decrecer las solicitudes de alumnado, unos cuantos escritores de lengua *euskérica* se «pasan» a la expresión castellana buscando una mejor y más amplia comunicación.

El problema lingüístico es muy grave en el País Vasco porque la lengua que debería ser instrumento de comunicación y enriquecimiento cultural lo es de separación y de discriminación. En efecto, el problema es muy grave por el contenido patriótico-político que recibe el *euskera*, por la fuerte carga emocional que gira en torno a su fomento, por la ausencia de espacios de libertad que garanticen la eliminación de todo mecanismo de coacción lingüística. No son muchas las personas que se atreven a proclamar en público (sí en privado) que el *euskera* no es *su* idioma, al ignorarlo por completo, cuando la propaganda nacionalista se refiere en exclusividad a él como *nuestra* lengua.

En otra dirección, la recuperación democrática iba a coincidir y en muchos casos alentar una reanimación cultural en el ámbito vasco, que constituye la otra cara de esa imagen nada favorable que la Comunidad tiene en España y en Europa. Además de realidades graves o preocupantes como la drogadicción, el alcoholismo o la violencia, que afectan de una u otra manera a amplios sectores del país, pero en las que tampoco estamos solos, un florecimiento intelectual y un renovado interés por la cultura debe ser destacado.

En este renacimiento no sólo ha influido la labor de los entes públicos (Gobierno Vasco, Ayuntamientos, Diputaciones...), también las empresas privadas se han sumado, aunque por el momento de forma tímida, a este movimiento. Muestras de artes plásticas y promoción popular de la cultura. Rehabilitación de museos y salas de exposición. Creación de una orquesta en medio de una verdadera marea de vocaciones musicales y polifónicas, que confirman una arraigada tradición. Campañas de teatro estables, reinauguración del bilbaíno Teatro Amaga, subvenciones y ayudas al cine y directores vascos, Aulas de cultura...

Este florecimiento se acompañó desde los primeros momentos de la transición con nuevos proyectos en los medios de comunicación, revistas, editoriales, emisoras de radio, periódicos. Y aunque

un primer empuje hubo de ser remansado con la desaparición de varias de estas iniciativas e incluso del veterano *La Gaceta del Norte*, el tono, la significación y aceptación de las que han quedado son buena prueba de ese nuevo espíritu que promete asentarse en el País Vasco. Entre ellas, los actuales *El Correo Español* en Bilbao y el *Diario Vasco* de San Sebastián ocupan casi hegemónicamente la cabecera de ventas entre los lectores del País Vasco y reafirman esa pluralidad vasca que define, mejor que cualquier identificación política exclusiva, la realidad de la Comunidad Autónoma.

El propio gobierno autónomo ha querido ponerse a la cabeza de este impulso general tratando, con suerte diversa, de encauzar e inventariar el momento actual de la cultura e investigación vascas. A este propósito respondería la organización en 1987 del II Congreso Mundial Vasco, en cuyo marco se dieron cita numerosos investigadores y científicos propios y extraños. Sin necesidad de profundizar en su oportunidad o resultados se puede subrayar la distancia abismal que ha separado a este Congreso del de 1956. Distancia no sólo temporal, sino sobre todo de forma y contenido. Si aquel fue el Congreso de la precariedad y la zozobra del exilio éste ha sido al menos el de la confirmación de una realidad sustancial que camina hacia la afirmación de los principales contenidos de la autonomía vasca.